

LA 'LECCION FRANCESA'

frentarse con los problemas sociales y económicos con una serie de reformas que produzcan una nueva sensación de ascenso de las clases ahora inferiorizadas, incluso apoderándose de los grandes temas de la izquierda, mientras otra parte de la derecha presenta la resistencia típica a la "concesión", reclama medidas de autoridad y un fuerte orden público que pueda evitar los desórdenes. Es decir, hay una derecha contemporizadora y reformista y una derecha autoritaria y clásica. Que esto suceda en España no es extraño, porque la gran derecha se encuentra en situaciones parecidas ante una crisis mundial; pero los datos son distintos, porque España nunca había alcanzado la riqueza de Francia ni el "standard" de libertad y de abundancia de la verdadera sociedad de consumo, y porque el arrastre histórico es enteramente diferente: los cuarenta años de régimen autoritario dan a la contextura nacional un aspecto genuino y producen un reflejo mayor de "ley y orden". Es curioso que el franquismo haya producido en gran parte de la población un reflejo de centrismo típico, que ahora quieren algunos partidos y algunas personas capitalizar. El centrismo, en este caso, es la huida de la política, la busca de la paz social y una forma de inmovilismo, por la vieja táctica de que no moviéndose, no pasa nada.

Si en Francia hubiese habido una corriente natural derechista, si la abundancia y el consumismo no hubiesen mermado tan considerablemente, el resultado electoral hubiera sido distinto, a pesar de la desunión de la derecha. Que probablemente no se hubiera producido de una manera tan tajante, como no se produjo en situaciones electorales anteriores; porque no hacía falta, porque todo iba bien. En el campo de la izquierda, las diferencias entre Francia y España son mucho más manifiestas. La oposición de izquierdas no ha tenido allí los cuarenta años de interrupción dramática que ha tenido en España. Son partidos tradicionales y bien asentados, donde el relevo de las generaciones se produce sin grandes sobresaltos y la experiencia se va acumulando. Hay una vieja sabiduría de la izquierda que sigue funcionando. En España, en cambio, hay una izquierda nerviosa y agitada, recién salida de un largo lazareto, con bajas de muertos políticos en sus filas, con largos exilios, con una clandestinidad difícil. O con aportaciones de la larga etapa anterior del régimen. El hecho de que algunas figuras del franquismo —e incluso de la derecha antefranquista, como Gil-Robles— figuren en

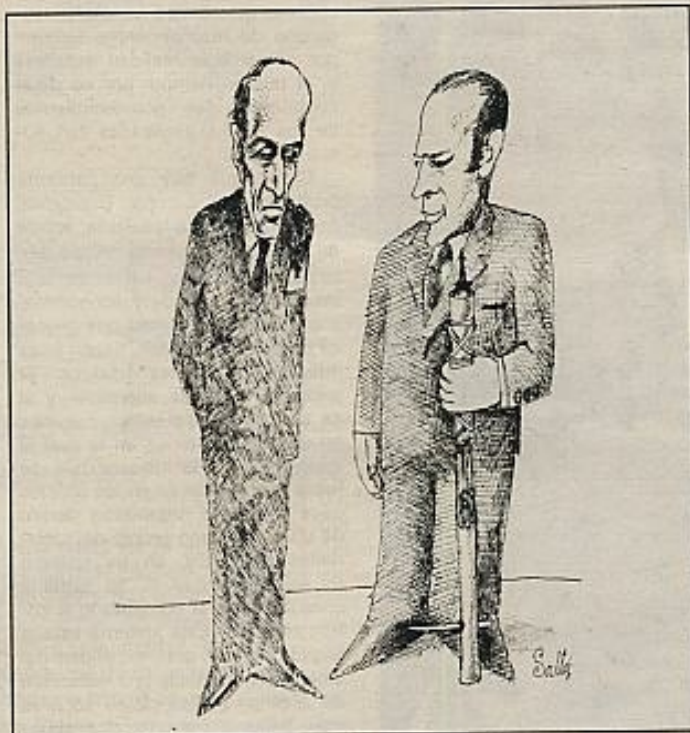
una oposición democrática explica la penuria de la izquierda para obtener nuevos nombres. Como el mantenimiento del señor Carrillo en la secretaría general del Partido Comunista, aparte de su calidad de símbolo —a la que han contribuido tanto los propios enemigos del comunismo y del mismo señor Carrillo— y de su capacidad personal para ese puesto. La izquierda en España, o la oposición democrática en general, no aparece unida ni puede aparecerlo, como no haga una contracción muy dura de sus condiciones, porque su sed de pluralismo y el afán de protagonismo de los partidos, además de una desinencia de arrastre histórico, le impide ese reflejo. Pero si la enorme opinión del país fuese izquierdista, ni la desunión ni la Ley Electoral, ni la falta de medios de comunicación y de expresión, contendría la marea electoral. Los que creían que la

do una Asamblea Nacional donde el libre curso de los debates y las votaciones de temas determinados hubiesen producido —o producirá— un equilibrio en las formas de la vida de la sociedad más en consonancia con el reparto de la mayoría. Por viejos reflejos autoritarios se considera aquí que cuando un partido o un bloque ganan unas elecciones, ocupan enteramente el poder y hacen y deshacen según sus programas. Nada más lejos de la realidad. El bloque vencedor, que es a su vez consecuencia de un compromiso interno, se encuentra en relaciones de compromiso con una minoría que sigue existiendo políticamente. La derecha francesa que ha ocupado y que ocupa el poder tampoco ha ejercido un aplastante gobierno de derechas, sino, como siempre, un gobierno comprometido con una Asamblea y con un sistema electoral que cada cierto número de

riado en este sentido, ha ido mejorándose o perfeccionándose a lo largo del tiempo. En este programa se incluye todo un fundamento de la sociedad, desde la regulación de nacimientos y el empleo del ocio hasta las grandes formas de organización del Estado en el caso de un triunfo electoral suficiente para intentar hacerlo. Como las derechas tienen su programa, o sus programas, e incluso la ocasión de ponerlo en práctica durante su etapa de gobernación.

En España no existe ese programa común de la izquierda. Las alianzas son tácticas y se hacen en evitación de un mal mayor. Los grandes documentos de la izquierda se han remitido siempre a situaciones actuales consideradas como de urgencia: reconocimiento de partidos políticos sin excepción, amnistía, Ley Electoral, igualdad de oportunidades, nacionalidades del Estado español, etcétera. Es un manifiesto más que un programa, y se refiere sobre todo a una acción negativa inmediata —el saldo de la etapa anterior del régimen, o del régimen entero— con más fuerza que a una vasta planificación del país que pudiera estar gobernado por la izquierda democrática. Los congresos de los partidos, las convenciones, los mítines, rehúyen también un verdadero programa, y presentan como tal una sucesión de oratorias más o menos acertadas, pero basadas todas ellas en lo mismo. Puede que sea enteramente natural esta situación, y que incluso el retraso en verdaderos programas-monumento se deba al desconocimiento de la masa electoral y al miedo de presentar opciones que el conservadurismo histórico de un país que no está informado de los grandes temas de la libertad podría rechazar en las urnas.

En cuanto a la "lección india", apenas merece la pena comentarla desde un punto de vista comparativo. Desde su filosofía hasta su situación económica miserable, pasando por las grandes presiones internacionales que experimenta, le dan un cariz totalmente distinto. Que Indira Gandhi haya visto terminar sus once años de gobierno es algo que no se puede considerar como una ley general contra el "continuismo". No tendría sentido. La caída de Indira Gandhi ha dejado paso a un nuevo hombre fuerte, Morarji Desai, que está mucho más a la derecha y es todavía más continuista —en el sentido del puritanismo hindú y de la fuerza de las costumbres— que la propia Indira Gandhi. Si algo se puede aprovechar de esta lección es que la perversión de la democracia como la que había realizado Indira Gandhi no es suficiente para ahuyentar la esencia misma de la democracia, que es la votación popular. ■



desaparición de Franco podría provocar una ola gigante en el sentido inverso, estaban bastante equivocados.

La "lección francesa" tiene un aprovechamiento distinto. Es la lección de una madurez democrática que representa su eterna obra en unos momentos muy determinados. Es la lección de cómo en un país organizado en democracia pueden tomar el relevo en la mayoría aquellas formaciones políticas que el pueblo considera más aptas para enfrentarse con unas condiciones de vida que han dejado de ser las que eran, y para las que no están capacitados, por su procedencia de otros sistemas y de otras etapas anteriores, otras formaciones políticas. Todo ello con una dosificación muy relativa, que si estas elecciones hubieran sido legislativas —y lo serán el año que viene— hubieran produci-

do años le coloca de nuevo ante las urnas. Sea cual sea su tinte político, no puede olvidar nunca que el sistema le tiene continuamente sometido a examen, y que si su acción no es suficiente, le condena a la oposición. Es una lección de cómo funciona la democracia (lo cual no quiera decir que no haya otras fuerzas extraparlamentarias que alteren la gobernación del país y la dosificación electoral, como pasa en Italia).

La otra "lección francesa" es la que dé la importancia de los programas. La izquierda no ha aparecido unida como consecuencia de una táctica o de una estrategia, simplemente para conquistar el poder, sino como resultante de un programa político, el programa común. Un programa que comenzó a ser elaborado hace años, y que aunque en lo sustancial no ha vá-